

con un tono de decision y firmeza que hacia muchos meses se hallaba desterrado de su semblante. La justicia de la demanda era tan visible, y tan fuertes y urgentes las razones en que se apoyaba, que Cortes, aun cuando hubiera querido negarse a ella, no habria podido hacerlo. Aunque los pretestos de una residencia indefinida en Mejico estaban plenamente agotados, no así los de una dilacion temporal que podia hacer naciesen otros de nuevo: las naves habian sido destruidas, y no habia en que trasladarse fuera del imperio; era necesario reconstruirlas y esto demandaba algun tiempo. De esta imposibilidad para una pronta salida, que no podia desconocer Moctezuma, se valió Cortes para mantenerse en el pais aparentando sin embargo la mas decidida actividad para apresurar la construccion de las naves.

Aunque Cortes hubiese querido atropellar con la justicia del reclamo de Moctezuma, y sostenerse por la fuerza, no lo habria podido hacer, y nunca mas que entonces era necesario dilatar la guerra por lo critico de su posicion. Solo contaba con doscientos cincuenta hombres dentro de Mejico que apenas bastaban ya para reprimir la audacia creciente de los habitantes, y que si podian hacerse respetar no eran fuerzas suficientes para emprender una guerra, ni menos para sostenerla. Así es que Cortes queria dilatarla en expectativa de los auxilios que aguarda-

ba de Europa y que habia solicitado hacia nueve meses por sus comisionados, los cuales, segun todas las probabilidades, deberian haberlos obtenido y no podrian dilatar mucho en conducirlos. En estas circunstancias llegaron a Moctezuma noticias de haberse avistado buques en la playa, y deseoso de abreviar la partida de los Españoles las puso inmediatamente en conocimiento de Cortes, haciendole ver que ya no debia detenerse por falta de naves. Este que tenia fijos los ojos y la consideracion en el auxilio que esperaba, se llenó de regocijo creyendolo ya llegado; mas la alegria de esta ilusion, tuvo que ceder muy pronto para dar lugar a consideraciones mas serias. Sandoval que habia reemplazado a Escalante en el gobierno de Veracruz, confirmaba la llegada de las naves, pero daba una noticia de su procedencia y objeto nada conforme con las presunciones de Cortes. Es el caso que el adelantado Diego Velasquez que a la partida de Cortes de Cuba habia quedado poco satisfecho de su fidelidad, empezó a concebir las mas violentas sospechas cuando vió que pasaban dias, semanas y aun meses sin que de nada se le diese cuenta; esos temores pasaron a ser evidencias, cuando los comisionados Portocarrero y Montejo, enviados a la corte por el conquistador, contra las instrucciones que este les habia dado, tocaron en Cuba, e instruyeron a algunos de los subditos de Velasquez de los ac-

tos por los cuales el ejército había desconocido su autoridad confirmandola por entero a Cortes, para que sin dependencia de otro y a nombre del rey, mientras este disponia otra cosa se encargase de la expedicion.

Con menos motivo un espíritu ambicioso poseido de la envidia, se habría determinado a tomar de su enemigo una ruidosa venganza, cuanto mas era de creerse que lo hiciese Velasquez, que había costado los principales gastos de la expedicion y se hallaba con valimiento en la corte. Así es que se resolvió a hacer el último esfuerzo para destruir a su enemigo y despojarlo al mismo tiempo de su gloria y sus conquistas. La mas grande armada y el mayor ejército que levantaron los Españoles para sus conquistas en America fueron el fruto de este resentimiento. Diez y ocho naves con ochocientos infantes, ochenta caballos y doce piezas de cañon se entregaron a Panfilo de Narvaez con orden espresa de apoderarse de Cortes y de sus principales amigos, remitirlos presos a Cuba y concluir la conquista a nombre de Velasquez. La travesia de Narvaez fué sin contratiempo, y al llegar a Veracruz tuvo también la felicidad de hacerse de interpretes en tres soldados que sabian el mejicano y desertaron de la guarnicion de la plaza a su campo; pero este servicio quedó compensado por el perjuicio que le causaron con la confianza indiscreta que fomentaron

en el, pintandole la situacion de Cortes enteramente desesperada y exajerando la facilidad de rendirlo.

Narvaez, hombre valiente pero lijero y de un talento en nada comparable al de Cortes, lo dió todo por hecho desde luego, así por la notoria superioridad de sus fuerzas como porque creyó sin vacilar cuanto se le quiso decir: sin embargo, para asegurar mas el éxito, abrió correspondencia con Moctezuma, y la condujo de un modo tan poco delicado, que con el fin de despopularizar a su enemigo no reparó en el descredito de su nacion. Le pintó a Cortes y a los que le seguian como facinerosos y rebeldes a su rey, usurpadores de su autoridad y que habían venido fugados para evitar el castigo: le aseguró que si estaba preso era contra la voluntad del monarca español, y que el venia encargado de ponerlo en libertad, ultimamente nada omitió para hacerle odioso a Cortes y animarlo a sacudir el yugo que se le había impuesto.

Entretanto en Veracruz pasaba una escena de otra clase. Un eclesiastico de caracter fogoso y poco comedido fué encargado por Narvaez de intimar a Sandoval la rendicion de la plaza. Guevara, que así se llamaba, se presentó al gobernador y le hizo saber su comision, se negó este a lo que se le pedia, y entonces el encargado de la intimacion lo trató de un modo tan brusco, que Sandoval, militar y hombre poco sufrido, se apoderó de su persona y ejecu-

tivamente le mandó preso a Mejico. Cortes se hallaba en esta ciudad en una situacion verdaderamente penosa. Su reputacion, arma casi unica con que hasta entonces habia logrado superar todo genero de riesgos, se hallaba arruinada entre los habitantes de Mejico por las declaraciones de Narvaez, y Moctezuma, en consecuencia de ellas, aumentaba sus desvios: tenia que haberselas con un capitán valiente, y un ejército nada inferior al suyo en táctica, armas y disciplina, y muy superior en su fuerza numerica: ultimamente, sus soldados eran aquellos mismos que tantas veces se le habian sublevado a la vista del peligro, cuando no lo habian conocido y cuando no tenian medios de salir del teatro de la guerra, consideraciones que fundaban solidamente el temor de una desercion total. Por otra parte si aguardaba en Mejico estaba a riesgo de ser batido por Narvaez y los Mejicanos; pero si salia, o abandonaba la capital y al monarca, perdiendo esta presa estimable y con ella todas las ventajas adquiridas a tanta costa, o dejaba algunos de sus soldados para guardarla, y entonces la division de sus fuerzas, ya debiles por sí mismas, lo hacia incapaz de sostenerse en ninguno de los puntos en que convenia ser fuerte; sin embargo era necesario elejir entre estos extremos por la imposibilidad de salir de ellos, y Cortes, sin perder ocasion ni tiempo, se dedicó a formar su plan.

Lo primero que hizo fué poner en libertad a los que por orden de Narvaez intimaron la rendicion a Veraacruz, y le habian sido enviados presos: no solo reprobó la conducta de Sandoval por esta accion y le reprendió severamente, sino que agasajó cuanto pudo a Guevara sin descuidarse de ponerlo en situacion de advertir por sí mismo el ascendiente que disfrutaba sobre Moctezuma y los habitantes de Mejico, lo mismo que la entera sumision a su voluntad de la republica de Tlascala; así le hizo ver, sin parecer que lo hacia de intento, los grandes medios de poder y resistencia con que contaba para defenderse, y las inmensas esperanzas que podrian formar los que quisiesen hacer fortuna poniendose a sus ordenes y auxiliandole en la empresa. No parece necesario advertir que todos estos manejos, diestramente calculados, se dirijian a sembrar la discordia en el ejército enemigo y a poner en juego a favor de Cortes los dos grandes resortes del corazon humano, la esperanza y el temor. Así es que luego que se advirtió estar ya Guevara y sus compañeros en disposicion de obrar como se necesitaba fueron remitidos al campo de Narvaez.

Pero Cortes, infinitamente activo cuando el caso lo pedia, no descansó solo en lo que podrian hacer los que acababa de poner en libertad, sino que con pretexto de solicitar un acomodamiento, pero sin otro fin que hacerse partidarios en el ejército ene-

migo, envió a él con proposiciones de paz al P. Olmedo, su capellan, hombre respetable, que no podía temer un insulto, y además de eso estrechamente unido por relaciones de amistad con las personas más influyentes del bando contrario. Cortes con este paso, además de poner de su parte la justicia o sus apariencias, cosa que jamás descuidó, lograba ganar para sí o a lo menos para la paz a muchos de los que militaban a las ordenes de Narvaez por medio de una misión, que aunque en lo ostensible iba dirigida a este, realmente debía surtir sus efectos en aquellos. Los resultados fueron exactamente los mismos que se buscaban. Guevara y sus compañeros primero, y después el P. Olmedo, hablaron con decisión a Narvaez sobre la necesidad de mantener la paz por un acomodamiento, ponderando la dificultad de obtener una victoria a cualquiera de las partes, y lo funesto que esta debería ser a ambas por las pérdidas y atrasos a la causa de la España, que ninguno de los partidos beligerantes debería perder de vista ni dejar de considerar como la primera.

Como lo había previsto Cortes, Narvaez se negó obstinadamente a escuchar toda proposición que no partiese del principio de una sumisión absoluta; pero Guevara, irritado de la repulsa que había sufrido, y el P. Olmedo invariablemente adicto a los intereses de Cortes, se procuraron oyentes más do-

ciles y los hallaron entre los capitanes y soldados del ejército. El carácter respetable del uno y la imparcialidad que se suponía en el otro produjeron todo su efecto, y la opinión por la paz progresaba asombrosamente, cuando Narvaez, irritado de semejantes manejos, no solo procuró cortarlos separando de la comunicación de su tropa a los que los promovían, cosa que nadie podía censurarle, sino que también se propuso hasta acordar un bando en que ponía a precio la cabeza de Cortes, tratando como traidores a él y a todos los que le siguiesen. No pudo tolerar semejantes excesos el licenciado Vasquez Ayllon, oidor de Sto.-Domingo, que habiendo hecho inútiles requerimientos a Velasquez, se había venido con la expedición de Cuba: este pues se presentó a Narvaez pidiendo que nada se acordase sobre las propuestas de Cortes sino en consejo de guerra; pero este general había pasado muy adelante para que pudiese ser contenido, así es que quiso llevar a efecto la publicación del bando, lo cual provocó una nueva escena de escándalo, pues el licenciado hizo una oposición vigorosa ordenando a los soldados a nombre del rey que nadie se moviese de Zempoala, ni hiciese uso de las armas sino por acuerdo del consejo de guerra, y Narvaez, irritado hasta el exceso, sin tener en nada la persona y representación de su opositor, lo hizo prender y remitió a la isla de Cuba.

Actos tan marcados de furor y descompostura acabaron de arruinar el prestigio y concepto de Narvaez entre su tropa, y produjeron un general desaliento de que, cuando llegó el caso, se sirvió tan admirablemente Cortes. El P. Olmedo regresó a Mejico con la noticia de lo ocurrido, y Cortes, que jamas habia vacilado en atacar a Narvaez, cuando vió el buen exito de sus manejos, determinó adelantarlos y reproducirlos antes de llegar a las manos; pero queriendo hacerlo de mas cerca, determinó su salida de Mejico. Para guardar a Moctezuma y conservar la ciudad dejó al capitán Pedro de Alvarado con ciento y cincuenta españoles, recomendándole la vijilancia, que estuviese precisamente a la defensiva, y sobre todo que cuidase de evitar todo motivo de desavenencia entre el, los Mejicanos y su monarca. Con Moctezuma se halló mas embarazado, pues a pesar de que no podia ocultarsele que este principe habia penetrado el objeto de la espedicion de Narvaez, mas prudente y recatado que este, jamas se determinó a confesar a estraños las diferencias que pasaban entre los Españoles. Así es que cuando llegó el caso de decir algo que motivase su partida, se atuvo a ciertas espresiones generales de *equivocos* que habian suscitado algunas diferencias momentaneas, las cuales iba a hacer desapareciesen por esplicaciones amigables.

Es difícil penetrar cuales eran las miras de Moc-

tezuma en una crisis semejante: el mantenía comunicaciones amigables con Narvaez, como lo prueban los regalos que le hizo, y al mismo tiempo prometia a Cortes serle fiel y hacer todo lo que de el exijiese, adelantandose a ofrecerle con instancia el auxilio del ejercito mejicano. Lo mas probable es que se lisonjeaba de la destruccion de los dos partidos beligerantes; pero temeroso de que alguno de ellos llegase a prevalecer y quedase aun todavia bastante fuerte para inspirarle temor, queria anticipadamente hacerse propicios a ambos; su conducta así lo comprueba, pues en todo el periodo de la campaña fué la de un simple espectador que mantiene el *status quo*.

Entre tanto Cortes dió orden a Sandoval para que abandonando la fortaleza de Veracruz al cuidado de los Zempoales, saliese a recibirlo con todas sus fuerzas al punto que le señaló, y despues de haber recojido las que tenia en Mejico y despedidose de Moctezuma, emprendió su marcha por el camino de Cholula con todas las precauciones que el caso y las circunstancias exijan. Aunque los Tlascaltecas lo recibieron con las muestras mas cordiales de afecto, muy desde luego advirtió que la decision por su causa personal no era tanta que pudiese estar a prueba en una vacilante fortuna, pues habiendo solicitado de ellos un cuerpo auxiliar de seis mil hombres, no pudo obtenerlo; y aunque los historia-

dores estan discordes en los pretextos o motivos que para reusarlo alegó el senado, todos convienen en que ningun Tlascalteca tomó las armas contra Narvaez. Ni en las circunstancias en que por entonces se hallaba Cortes, ni aun despues del triunfo, le convenia darse por ofendido de semejante repulsa, así porque su prestijio padeceria con esto, como porque si una vez llegaba a romper con los Tlascaltecas, quedaba para siempre privado del unico punto de apoyo con que podia contar para la conquista de Mejico. Conformandose pues con lo que daba de sí el tiempo, marchó con su pequeño exercito y se reunió con Sandoval en las inmediaciones de Zempoala. Las noticias que este le trajo de las pocas precauciones o mas bien total descuido con que se vivia en el campo de Narvaez, eran cual podia desearlas. Dos Españoles de la guarnicion de Veracruz, disfrazados de Zempoales, observaron lo bastante para poder dar idea de que la sorpresa no seria un paso enteramente aventurado, y Cortes, conociendo que solo de esta manera se podria concluir la guerra de un golpe, no vaciló en elejir este partido.

Pero así por afirmar el credito de moderado que ya se habia adquirido, como por acabar de adormecer la poca vijilancia que habia quedado al enemigo, y ver si lograba aumentar la discordia que ya existia entre su gente, se determinó a entablar de

nuevas negociaciones pacificas, y envió sucesivamente al campo de Narvaez al P. Olmedo y al capitán Juan Velasquez de Leon, que nada pudieron conseguir y regresaron con esta noticia. Los soldados de Narvaez, inclinados a la paz, no vieron sin sentimiento el que esta se frustrase de nuevo, y lograron por fin de el que se mandase a Cortes al secretario Andres de Duero, para escuchar y transmitir las proposiciones a que hasta entonces se habian cerrado los oidos. Despues de varias conferencias en que Cortes, de buena o de mala fe, llegó hasta ofrecer que abandonaria sus conquistas e iria a buscar fortuna por otra parte, se ajustó una entrevista entre el y Narvaez; pero advertido oportunamente del riesgo que corria de ser sorprendido en una emboscada que se proyectaba para sorprenderlo o matarlo, o lo que es mas probable, afectando dar credito a esta noticia que en su interior despreciaba, rompió la negociacion manifestandose profundamente indignado y confiando su suerte a la fuerza de las armas.

El exercito de Cortes apenas constaba de doscientos setenta y seis Españoles y dos mil Indios auxiliares, y con el se movió hasta ponerse a una legua de Zempoala, a donde habia llegado Narvaez, y ocupado militarmente un templo compuesto de tres torreones o capillas edificadas sobre un terraplen que dominaba por todos lados el terreno exterior.

El rio conoció actualmente por el nombre de *la Antigua* dividia ambos ejercitos, y Narvaez hizo alarde de presentar y ofrecer la batalla que no fué aceptada, formando su tropa en las marjenes por el lado de Zempoala. Cortes en la parte opuesta se mantuvo inmóvil en su campo atrincherado, y un fuerte turbion de los que en la estacion de las lluvias son frecuentes en Mejico, obligó despues a Narvaez y a su gente poco acostumbrados a la intemperie, a entrarse en sus puestos fortificados con la confianza de que nada habria que temer, así por la profundidad del rio que dividia a ambos ejercitos, como por la aspereza del temporal que hacia intran-sitable todas las sendas y veredas; solo se pusieron dos centinelas avanzadas para cuidar las ayenidas, y sin otra precaucion se entregaron todos al sueño. Cortes tuvo noticia de cuanto pasaba en el campo enemigo por el secretario Duero que no se avergonzaba de hacer traicion a su general, é intimamente convencido de la necesidad de aprovechar una ocasion que acaso no volveria a presentarsele, se determinó a dar un asalto y sorprender al enemigo en sus mismos puestos. Al efecto despues de haber superado los obstaculos que presentaba el rio, formó su ejercito en tres cuerpos que habian de sucederse en el asalto: el primero lo puso a las ordenes de Sandoval, el segundo a las de Olid, y se quedó con el último que podia llamarse el de re-

serva para acudir a donde conviniese. Las instrucciones fueron que la division de vanguardia se apoderase a viva fuerza de la escalera que abria el paso al terraplen, y en esto fuese sostenida por el centro, y que una vez dueña de la altura se abriese por los flancos a fin de cortar la comunicacion de los torreones, apoderarse de los laterales y dar lugar al centro para atacar el del medio mientras el se preparaba con su reserva a venir en apoyo del punto que flaquease. Dispuesto todo, emprendió la marcha el ejercito de Cortes en el mayor silencio y sin apresurarse, así para que los soldados pudiesen dar sobre Narvaez sin hallarse fatigados, como para dar lugar a que la tropa de este, mas confiada, se entregase al sueño y pudiese ser sorprendida hallandose todos los que la componian enteramente desprevenidos. Cuando se habia andado media legua se tropezó con una avanzada del enemigo compuesta de dos soldados, de los cuales solo se logró prender a uno pues el otro se fugó. Entonces se determinó apresurar el paso, para llegar primero que el fugado o a lo menos con el al cuartel de Narvaez, y no perder la sorpresa. Este habria podido evitarla por el aviso oportuno que recibió del soldado que no pudo ser aprehendido, pero se empeñó en no creer la relacion que se le hacia, y el tiempo que podia haber empleado utilmente en ponerse en estado de defensa, se perdió disputando

sobre la verdad de la noticia. Entretanto Cortes, favorecido de la oscuridad de la noche, llegó sin ser sentido a Zempoala, y se internó sin obstaculo hasta ponerse al frente de los puestos enemigos. La fortuna le fué tambien propicia en evitar el riesgo de encontrarse con la avanzada de Narvaez que patrullaba en el campo, incidente que podria haber desconcertado del todo sus medidas. Cortes conoció por los movimientos que se observaron en el adoratorio, que se sabia o a lo menos se habia sospechado su marcha; y temeroso de perder tiempo o empeorar su situacion mandó atacar en el acto. Sandoval empezó a subir las gradas, mas a poco fué sentido por los artilleros que se hallaban en la parte superior y dispararon sobre el los cañones. Entonces todos acudieron en peloton a la defensa y cargaron sobre la vanguardia con tanto denuedo, que fué necesario el auxilio del centro que mandaba Olid; con este y con la presencia de Cortes, que se metio en medió del combate para animar a sus soldados, se logró por fin apoderarse de las gradas y poner en fuga a los que las defendian. Mas esta ventaja no fué decisiva por haberse renovado el combate a las puertas de la torre principal del adoratorio, y el resultado habria sido muy dudoso si un soldado no hubiese derribado en tierra a Narvaez con un bote de lanza que le sacó un ojo y lo hizo gritar que lo habian muerto. Esta voz, que se es-

tendió rapidamente, al paso que desalentó a los unos animó a los otros. Entonces las tropas de Cortes proclamaron victoria, y su general al mismo tiempo de hacer cesar el combate ofreció perdonar a los que se rindiesen; mas temiendo todavia alguna resistencia, hizo colocar en bateria los cañones contra las puertas de las torres a que se habian refugiado. Temiendo que la llegada del dia les hiciese ver a los vencidos las cortas fuerzas con que se habia triunfado de ellos, no se les permitió deliberar pero se les acordó cuanto pidieron y rindieron las armas despues de alguna debil resistencia que oponian los capitanes Velasquez y Salvatierra incapaces de hacer traicion al gobernador de Cuba. La caballeria era la unica que quedaba en estado de dar algun cuidado; pero al amanecer se sometió al vencedor tomando partido con el, y no quedó ya cuerpo ninguno en estado hostil que pudiese inspirar temor. Tan completa victoria se logró casi sin perdida: dos muertos por parte de Cortes y diez y siete por la de Narvaez con algunos heridos de poca consideracion dejaron, se puede decir, intacto el número de las tropas de ambos partidos, formando todas ellas en lo sucesivo un solo ejercito a las ordenes del vencedor, que supo atraerse a los que antes eran sus enemigos con actos de generosidad y confianza, devolviendoles las armas, y con las lisonjeras esperanzas de tener parte en su fortuna con



las mismas condiciones que sus antiguos soldados.

Así es como el ejército de Cortes se reizo de nuevo por los medios destinados a acabar con él, y se puso en estado de llevar adelante una conquista, que sin tan oportuno aumento de fuerzas habria sido irrealizable. Las circunstancias le ayudaron mucho para vencer a su enemigo y apoderarse de sus fuerzas; pero en esta empresa como en todas las que estuvieron a su direccion, el buen exito fué debido primeramente a su talento para combinar las disposiciones y ocurrencias fortuitas de que un hombre ordinario no habria podido aprovecharse ni sacar un partido ventajoso. Su ejército, despues del suceso, escedia de mil hombres; y pudo ya contar con una armada que empezó a ser de muchisima utilidad e importancia desde que cesó el temor de la desercion y los motivos que obligaron a destruir la primera. Mas aunque determinó conservarla, fué tomando la precaucion de cambiar la tripulacion y sacar a tierra la jarcia, velas y timones de los buques a fin de que a nadie ocurriese la tentacion de hacer de ellos un uso poco ventajoso a sus designios.

Mientras Cortes se hallaba ocupado de la expedicion contra Narvaez, los Mejicanos apresuraban las disposiciones que debian ponerlos en estado de desacerse de los Españoles que se hallaban en Me-

jico, y libertar a su rey. Estos pasos no eran desconocidos a Alvarado, pues ademas de las noticias positivas que de ellos tenia, se lo confirmaban bastante claramente la frialdad de los Mejicanos y la reserva que con el guardaban. Pero este capitan en nada menos pensó que en desbaratar con destreza los designios de sus contrarios y ganar tiempo como lo habia hecho Cortes, sino que quiso hacer uso de las medidas de rigor y severidad, sin salvar siquiera las apariencias de agresor. Así es que con suma imprudencia empenó un lance que habria causado la ruina de toda la guarnicion, si la fortuna no hubiese hecho que Cortes, contra toda esperanza, hubiese concluido la campaña contra Narvaez en una sola accion.

Se acercaba una festividad religiosa, en la que los Mejicanos debian reunirse y concurrir los nobles adornados de todas sus joyas al atrio del templo mayor. Alvarado se dispuso para caer sobre ellos y lo hizo en el momento en que menos prevenidos estaban, es decir cuando entregados a la alegria que producen estas escenas de diversion, se hallaban menos capaces de defenderse. La dispersion fué pronta, la matanza escesiva y el despojo considerable; pero los resultados fueron los mas funestos, y se dejaron sentir inmediatamente. Los Mejicanos vivamente resentidos de la perfidia, crueldad y avaricia del gefe de la guarnicion se re-